

# La hegemonía mundial cuestionada\*

*Kostas Vergopoulos*

## **Resumen**

La rápida victoria militar estadounidense en Iraq transmitió al mundo un mensaje político erróneo, reforzando la "burbuja ideológica" de la confianza en la supremacía económica de Estados Unidos en el mundo. Esto constituye el peligro más grave para la estabilidad económica internacional en el futuro inmediato. La potencia económica real está de hecho mucho más limitada de lo que aparenta y aún así su capacidad no está de ninguna manera en condiciones de legitimar sus pretensiones militares actuales. Las interrogantes que enfrenta la economía mundial contemporánea necesitan métodos y aproximaciones basados sobre el principio del multilateralismo, con la participación igualitaria y democrática de todos los países. Aún cuando la noción de "superpotencia" sigue siendo obvia e indiscutible en el plano militar, ella tiene dificultad para afirmarse en el plano económico. Para desgracia de nuestra época, la primera noción no puede sustituir a la segunda.

## **Abstract**

The rapid U. S. victory in Iraq gave the world an erroneous message, which overstates the ideological belief of its economic supremacy over the world. This constitutes a danger to the international economic stability in the near future. The economic power is, in fact, much more limited. The U. S. full capacity isn't in condition to legitimize its current military undertakings. The problems confronting the world economy today need methods and ways to solve issues based upon the principles of multilateralism, fair participation, and democracy for all countries. Even the notion of "superpower" continues to rely on military arguments, rather than economic. Unfortunately, the first notion tends to out weight the second one.

Cuando al día siguiente del 11 de septiembre de 2001 el presidente estadounidense George W. Bush advertía que de ahora en adelante "todo iba a cambiar en el mundo", tanto para la política exterior norteamericana a largo plazo, como para el funcionamiento del sistema mundial, muy pocas personas podían imaginar que se trataba de algo más que una "revancha justificada" y de la protección del modelo estadounidense de libertad, de democracia, de justicia y de derechos humanos, con respecto a las amenazas que provenían de los totalitarismos e integristas contemporáneos. Aún después de la intervención de Estados Unidos en Afganistán, muy pocos observadores podían sospechar que un nuevo dogma norteamericano de la "seguridad mundial", en las condiciones del siglo XXI, estaba ya en gestación.

\* Conferencia Magistral presentada en el XXIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), en Arequipa, Perú, en noviembre de 2003. La revisión de este trabajo y la traducción del francés fueron realizadas por el Dr. Alberto Rocha, jefe del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara (Nota editorial).

*Estudios Latinoamericanos*, edición especial, enero-diciembre de 2005.

El presidente George W. Bush, a pesar de sus compromisos electorales en favor del tradicional aislacionismo conservador, se confiesa a favor de la presencia permanente de su país "en todas partes del mundo", con el propósito, no de enfrentar al "oso polar", que ya no existe, ni tampoco como una reminiscencia cualquiera del antiguo "imperio del mal", ni mucho menos, para buscar la "solución de los conflictos regionales", sino simplemente para la confirmación de la "supremacía americana" en los rincones más alejados del planeta, en donde corriera el riesgo de ser cuestionada, aun sólo potencialmente.

El Informe del presidente, cuyo título es "Estrategia para la seguridad nacional de los Estados Unidos", distribuido el 20 de septiembre de 2002, entrega una codificación elaborada y clara del nuevo dogma. Fiel a su compromiso electoral, el presidente Bush no reivindica la ingerencia de Estados Unidos en los problemas "exteriores" o "internacionales", pero sí introduce al planeta entero en el ámbito de la seguridad de su país, que debe tener omnipresencia a escala planetaria, porque el mundo entero ya forma parte del interior estadounidense, al menos en el plano de la seguridad. ¡El tradicional aislacionismo norteamericano en su aplicación más extrema! A pesar que en nuestros días aumenta cotidianamente la cantidad de los que cuestionan a Norteamérica y sus ideales, el principio del *containment* del enemigo no tiene ya más un terreno de aplicación. El nuevo enemigo ya no tiene una base territorial, sino que es difuso. La única vía que permite enfrentar los focos del "anti-americanismo" contemporáneo es la de la "acción militar preventiva", no importando si ella tiene lugar en el rincón más alejado del planeta. Para el nuevo dogma, se apunta especialmente a los "insubmisos" y "desobedientes" de este mundo: el terrorismo internacional, los gobiernos sin credibilidad, las situaciones financieras en bancarrota o en quiebra. El ex consejero del presidente James Carter, Z. Brzezinsky, precisaba ya los nuevos objetivos de la política estadounidense: "mantener a nuestros vasallos en un estado de dependencia y de inseguridad permanente, asegurar la sumisión y la protección de todos aquellos que colaboran con ellos, con el fin de hacer ineficaz toda tentativa de unión de los bárbaros" (citado por RIIA, 2000:46).

Con los teoremas precedentes del neoliberalismo y de la mundialización, Estados Unidos cuestionaba el derecho de los Estados nación a aplicar políticas particulares y apropiadas en los ámbitos económicos. Con el nuevo dogma de seguridad, más allá de las políticas particulares, se cuestiona ahora el principio mismo de la soberanía nacional para legitimar su propio "derecho de ingerencia" internacional, sin decisión internacional previa. La cuestión de Iraq y del Medio Oriente hoy en día constituye, antes que todo, un ejercicio de "hegemonía mundial" digno de los grandes momentos de la historia y de las grandes obras de la ciencia política. En circunstancias como las actuales, cuando existen formas de energía alternativa a base de electricidad, de energía nuclear, del derretimiento de hielos polares, que habrán convertido al petróleo en algo obsoleto tecnológicamente; en estas circunstancias, sin embargo, Estados Unidos no abandona esta materia prima, como si fuera irremplazable, porque cualquier otra solución energética alternativa, siendo más segura e incluso más rentable, tendría como consecuencia el debi-

litamiento de sus vínculos con los países y la región productora de petróleo y, por ende, la alteración de su estrategia geopolítica.

En el curso de la Guerra Fría, el "imperio norteamericano" buscaba su propia legitimación por el temor al enemigo. Ahora bien, hoy en día el mismo imperio busca su legitimación en la vigilancia y la alerta de seguridad, en la necesidad de neutralizar todo fenómeno de desobediencia internacional. Las referencias al Imperio Romano, sobre todo luego de la destrucción de Cartago, intervenida en el año 146 antes de Cristo, traducen una nueva psicosis del poder estadounidense. Ese gran país, dotado de un poder excepcional, se declara convencido de tener una "misión divina" que consiste en extender al mundo, de manera generosa y desinteresada, el modelo de libertad, de democracia y de derechos humanos. Su primera etapa: los países petroleros del Medio Oriente.

Los neoconservadores de la Casa Blanca no se ruborizan al difundir sus desig-nios: no es posible que la estabilidad y la prosperidad del mundo occidental dependan de "tristes regímenes" arabo-islámicos, feudales y antidemocráticos. Con esos regímenes, subrayan los nuevos consejeros de la Casa Blanca, ninguna estabilidad puede ser garantizada y todos los peligros son posibles. Hoy en día, Arabia Saudita y Egipto, siendo incluso aliados de Estados Unidos, apoyan de hecho la ola más grande de antiamericanismo en el mundo. La eternización del orden internacional actual en el Medio Oriente brindaría un terreno fértil para el terrorismo internacional. Esta situación inadmisiblemente necesita "nuestra ingerencia militar" en la región y "nuestro compromiso a largo plazo, incluyendo la profunda remodelación de los fundamentos de los sistemas políticos y de las sociedades, instalando regímenes políticos democráticos en el sentido occidental de esta palabra". Robert Kagan, consejero de Bush, señalaba que tras el final de la Segunda Guerra Mundial,

- hemos trabajado por la remodelación y la mutación de la naturaleza totalitaria de las sociedades japonesa y alemana (...) debemos ahora, después de la Guerra Fría, instalarnos en el Medio Oriente en una perspectiva de largo plazo, de por lo menos cincuenta años, para obligar a esas sociedades a comprometerse a caminar por el camino correcto de la Democracia y de los derechos humanos. Si no tenemos conciencia del trabajo digno de Hércules que nos espera para re-fundar las naciones (*nation building*), en ese caso sería preferible no ir de ningún modo a Bagdad (2003).

El grupo de los "nuevos imperialistas" de Washington apura la idea de "imperio democrático" bajo la "hegemonía generosa y protectora" de Estados Unidos. Explica que después de la primera guerra en Iraq (1991), sus aliados árabes han engañado a Estados Unidos mientras éste ha planteado avanzar hacia una solución relativa a la cuestión palestina; los regímenes árabes feudales no han respetado el calendario de reformas democráticas, sumergiéndose cada vez más en "la ciénaga post-otomana". No obstante, será solamente mediante regímenes democráticos que esta región del mundo podrá estabilizarse definitivamente.

Una política militar imperial y de desestabilización permanente del sistema internacional actual ha sido lanzada por Estados Unidos y asumida hoy por sus propios inspiradores bajo la noción de "neo-imperialismo". La lógica neo-imperialista es presentada por Washington como algo irresistible, de tal manera que la administración Bush ni siquiera imagina que se la pueda resistir. Sin embargo, esto no impide, al mismo tiempo, que el diario *The Washington Post* se pregunte: ¿en qué medida un sistema que se impone con las armas en el plano internacional puede ser considerado como democrático? Y su editorialista expresa así su perplejidad: "cada vez que hombres importantes en Washington sueñan con cambiar el mundo, gente sin importancia debe volver al país en ataúdes" (Ignatius, 2002).

La nueva política es un producto del grupo de neoconservadores de Washington. Ellos están obsesionados con la idea de reforzar la credibilidad estadounidense en el mundo. ¿Pero de qué credibilidad se trata exactamente? Según el historiador y sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein, no obstante que algunos alimentan dudas en cuanto a la decadencia de Estados Unidos en nuestra época, los halcones del Pentágono la confirman ampliamente con su obsesión de combatirla. En la historia, toda potencia hegemónica no ha mantenido su lugar sino ofreciendo ventajas internacionales al mundo, en los planos comerciales, ideológicos y políticos, permitiendo estabilizar las relaciones internacionales y reforzar así su propia credibilidad internacional.

Actualmente, esas ventajas desaparecen para Estados Unidos. Los excedentes exteriores estadounidenses se han transformado en déficit, la confianza internacional se encuentra gravemente disminuida y la hegemonía auto-proclamada no brinda al resto del mundo sino inseguridad e inestabilidad. La facilidad con la cual los neoconservadores adoptan la denominación "neo-imperialismo" traduce desde el inicio su unilateralismo exagerado y su arrogancia frente a toda noción de legitimidad internacional. Mientras la función de hegemonía internacional ha contenido siempre costos intrínsecos, los neoconservadores de hoy en día sueñan con una hegemonía "sin gastos", fundada exclusivamente y de manera permanente en métodos militares, bautizados por ellos mismos como de "shock y de estupor", sin ninguna contraparte. El presidente William Clinton recomendaba humildad y liderazgo para reunir al mundo en torno a Estados Unidos. Pero el equipo actual persiste reivindicando su hegemonía en un mundo que el mismo no deja de desestabilizar y de rechazar. ¿Se puede entonces pretender ejercer la hegemonía en un mundo que por definición es rechazado?

Tal pretensión, explica el republicano y conservador Henry Kissinger, impondría a Estados Unidos llevar sobre sus espaldas un fardo que ninguna potencia ha podido llevar indefinidamente. "Cualquiera fuese su altruismo, Norteamérica, al afirmar su dominación, provocaría una alianza progresiva del resto del mundo en su contra; y esta situación la obligaría a adoptar medidas que la dejarían finalmente aislada y extenuada" (2003:320). El camino del imperio, prosigue Kissinger, precipita inevitablemente hacia la declinación de la potencia que así se comporta. Además, actualmente, la hegemonía, concluye este especialista de las relaciones



internacionales, "constituye el medio más seguro para destruir los valores que han construido la grandeza de Estados Unidos". Ahora bien, como lo ha mostrado el historiador estadounidense Paul Kennedy, si la declinación económica conduce como compensación a la "sobre-extensión" militar, esta última no combate verdaderamente la declinación, sino que, y a pesar de sus ilusiones, no hace más que precipitarla (1988). La vigilancia electrónica y policial del mundo, la descalificación de las instituciones y los tratados internacionales, evocan una potencia que más bien carece de confianza en lugar de estar segura de sí misma.

El último informe del organismo Freedom House de Washington acerca de *El estado de los derechos civiles y libertades políticas en el mundo* concluye que de ciento noventa y dos países en el mundo actual, solamente ochenta y cinco, con 41 por ciento de los habitantes del planeta, podrían ser considerados como "libres". Otros cincuenta y nueve países, que comprenden 24 por ciento de la población mundial, se encuentran con la etiqueta "parcialmente libres". Pero cuarenta y ocho países, entre los cuales está Iraq, con 35 por ciento de los habitantes del planeta, han sido clasificados en el rubro de "países que no son libres". Estos últimos merecerían esta calificación aludiendo criterios de sistemas mafiosos y de corrupción, de ningún respeto hacia las leyes, de discriminaciones de toda especie y de sistemas políticos "sin libertad". El mismo informe revela que para el conjunto del Medio Oriente, un solo país adopta el régimen político democrático de tipo estadounidense, Israel; mientras que trece países de la región son declarados "sin libertad" y tres más "parcialmente libres" (Jordania, Kuwait, Turquía) (Freedom House, 2003). Está implícito que Estados Unidos no acepta cooperar sino con países plenamente libres, reservándose el derecho de lanzar advertencias con grados variables de intensidad a los otros, y con consecuencias múltiples.

Esta práctica, por supuesto, en lugar de unir al mundo realmente existente en torno al *leadership* estadounidense, termina siempre suscitando nuevas diferenciaciones, nuevas compartimentaciones, agravando las condiciones de funcionamiento, la seguridad y la estabilidad del sistema global. Destaquemos sin embargo el entusiasmo incondicional de los neoconservadores estadounidenses por la China comunista: la apertura de ese país a la supremacía norteamericana constituye de hecho un criterio supremo de clasificación que borra cualquier otro y toda reticencia de Estados Unidos. Pero, desde luego, toda clasificación arbitraria de los países del mundo, lejos de la legalidad internacional, no tiene ningún valor, salvo el de dejar aparecer la imagen del mundo según quien lo clasifica. Con cuarenta y ocho países en la lista de países "sin libertad", se comprende que la agenda de los neoconservadores, aunque bastante recargada, sea sin duda bastante clara. Una sola pregunta se plantea: si para el Medio Oriente se necesitarán cincuenta años de trabajo, ¿cuántos años exigiría la remodelación del sistema mundial que acaba de comenzar? La operación puede parecer de una envergadura inverosímil, aunque contiene sin embargo las ventajas de la franqueza y del cinismo.

A la clasificación anterior agreguemos la del ex subsecretario de negociaciones comerciales, Charlin Barshevsky, que no deja de ser muy interesante: la región del Medio Oriente contiene trescientos millones de habitantes, es decir 5 por

ciento de la población mundial. No obstante, cualquier esperanza de penetrar allí mediante la libertad de comercio mundial y de hacerla compatible con el sistema de la mundialización está perdida, dado que la parte de esta región en los intercambios internacionales no deja de disminuir: 13 por ciento de las exportaciones mundiales en 1980 y 3 por ciento veinte años después. Del mismo modo, las importaciones de la región han caído como parte de las importaciones mundiales: 5 por ciento en 1980, 1.5 por ciento actualmente. La regresión es atribuida al hecho de que hoy en día ocho grandes economías de las once de la región persisten en permanecer al margen del sistema de la Organización Mundial de Comercio (Barshevsky, 2003). Se denota así que la vigilancia y las clasificaciones de los países se ponen al servicio de la extensión de la zona de libre intercambio en el mundo.

No obstante, la fiebre de las "clasificaciones globales" disimula bastante mal el doble hecho de: a) que el pretendido sistema económico mundial no tiene de mundial sino el nombre, dado que el mundo entero no participa en este sistema sino como comparsa en un libreto ya escrito, con una escenificación y una interpretación de la comedia realizadas por las grandes empresas exclusivamente estadounidenses, con el apoyo irrestricto del poder político respectivo. De hecho, sería más exacto señalar que nuestro sistema actual sería más bien "americanocéntrico" y unilateral, que "mundial" y multilateral, como destaca con firmeza Stephen Roach, el economista en jefe del banco estadounidense Morgan Stanley de New York, y b) que esta *U. S. centered global economy* se encuentra enfrentada a distorsiones cada vez más graves y peligrosas para todos, lo cual se desprende de su propia concepción y origen.

La debilidad fundamental del sistema mundial "americanocéntrico" actual reside en la insuficiencia grave del ahorro nacional estadounidense, que alcanza actualmente un nivel absolutamente insignificante: 1.3 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) de Estados Unidos en 2003, con tendencia a la baja. Esta insuficiencia amenaza el equilibrio y la reproducción a largo plazo de la economía norteamericana, aunque aquella constituye también un obstáculo insuperable para esta potencia al pretender asumir las funciones de estabilización y de hegemonía mundiales. La debilidad del ahorro interno hace depender el equilibrio y la sobrevivencia del sistema estadounidense de las transferencias masivas de ahorro provenientes del resto del mundo; dicho de otra manera, actualmente, la prosperidad de la Unión Americana presupone estrictamente regímenes de austeridad en el resto del mundo, aún para asegurar el equilibrio de su economía, sin hablar de las exigencias adicionales que se desprenden de la función de la hegemonía mundial. El saldo de la balanza de cuenta corriente de Estados Unidos constituye de algún modo el "testigo" tanto del estado de salud de su economía como de la del sistema mundial, que termina dependiendo orgánicamente de aquélla.

El déficit presupuestario corriente en Estados Unidos ha superado el monto de los 550 mil millones de dólares en el año 2002, lo que corresponde ya a un 5.2 por ciento del PIB, aunque aquél se instalaría a la altura de 7 por ciento del PIB en los dos años venideros. Se comprenderá mejor la importancia crucial de ese

déficit si se toma conciencia de que corresponden casi 3 mil millones de dólares por día de trabajo en el año, lo que se debe importar, de una manera u otra, desde el extranjero. Como dice Stephen Roach, "jamás, ni los Estados Unidos ni ningún otro país en el mundo han debido enfrentar un problema de financiamiento exterior de tal magnitud" (2003). La política estadounidense, al buscar acomodarse a esta situación comete "un error con consecuencias monumentales" frente al mundo y frente a la historia. El déficit exterior estadounidense es actualmente financiado, en parte, por las inversiones extranjeras directas en Estados Unidos y, en parte, por un colosal endeudamiento exterior del país, lo que en ambos casos no deja de inhibir, de desestabilizar y de frenar el crecimiento y el nivel de prosperidad en el resto del mundo. Un exceso de gastos y de consumo por un lado debe ser compensado por lo opuesto por otro: una creciente restricción de los gastos y del consumo.

En una nota particularmente perspicaz, el economista estadounidense Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001, señala que el excedente presupuestario de 230 mil millones del último año del presidente Clinton fue transformado por Bush en déficit de 450 mil millones, a los cuales se deberán agregar 87 mil millones destinados al crecimiento adicional reciente de los gastos militares (2003). Esto crea un saldo negativo de gastos del orden de 757 mil millones que Bush no podrá financiar sino arrebatando parte del ahorro del resto del mundo. De hecho, señala Stiglitz, la política actual de la Unión Americana pone al resto del mundo bajo presión creciente para extorsionar su ahorro con miras a financiar las reducciones de impuestos sobre los ingresos estadounidenses más altos, el sobreconsumo y el sobre-endeudamiento de los hogares y, sobre todo, los gastos militares que le permitan asegurar el servicio de policía y de seguridad mundial. La insuficiencia del ahorro interno estadounidense para financiar esas tres funciones y su necesidad orgánica de recurrir, para estos efectos, a los financiamientos externos que desestabilizan el funcionamiento de la economía mundial, señala Stiglitz, cuestiona "dramáticamente" la verdadera capacidad de Estados Unidos de asegurar la hegemonía mundial. Si este país no puede estabilizarse sino pagando el precio de la inestabilidad creciente del resto del mundo, es evidente que no podrá ofrecer al resto del mundo el "bien internacional" de base, aquél de la estabilidad, que constituye el contenido y el bien primero de toda hegemonía internacional.

Globalmente, teniendo en cuenta las dos fuentes de financiamiento internacional, la posición exterior de Estados Unidos no cesa de degradarse, al alcanzar a fines del año 2000 dimensiones abismales: 7.377.000.000.000 (¡siete billones trescientos setenta y siete mil millones!) de dólares de compromisos externos contra 4.172.000.000.000 (cuatro billones ciento setenta y dos mil millones) de dólares de créditos, lo que se traduce en un saldo exterior neto total negativo de 3.205.000.000.000 (tres billones doscientos cinco mil millones) de dólares, es decir, más de 30 por ciento del PIB de Estados Unidos en 2003 y, según las estimaciones de *Survey of Current Business*, 42 por ciento del PIB estadounidense en 2007 (D'Arvisenet, 2003). Por otro lado, el endeudamiento federal estadouni-

dense total acumulado supera ya la barra de los 6.818.000.000.000 (seis billones ochocientos dieciocho mil millones) y, una medida nueva fue recientemente acordada por el Senado que permite levantar el techo de la deuda pública a 7.500.000.000.000 (siete billones quinientos mil millones) en mayo de 2003.

La situación de las cuentas externas estadounidenses ilustra bastante bien la presión que representa para el resto del mundo el equilibrio de esa economía y, por lo demás, esto explica también el hecho de que en el curso del periodo 1995 a 2001, Estados Unidos ha concentrado en él sólo 65 por ciento del crecimiento acumulativo de la economía mundial. Como lo destaca Roach (2003a), en el periodo de 1995 a 2001, Estados Unidos, con 21 por ciento del producto mundial, ha concentrado en su territorio, a pesar de todo, dos tercios del crecimiento del mundo. No obstante, para realizar este *performance*, ha debido apropiarse – en contraparte– más del 80 por ciento del ahorro mundial circulante a nivel internacional (Roach, 2003b).

Cada vez más, la estructura actual del sistema mundial hace transitar hacia Estados Unidos el ahorro internacional, instalando al resto del mundo en una situación de penuria creciente del ahorro: la Unión Americana captura el ahorro mundial para atenuar sus déficit públicos y externos, mientras que las necesidades de equilibrio de la economía mundial y los rendimientos ofrecidos por las condiciones de los mercados exigirían una repartición del ahorro del mundo en sentido inverso. Con una gigantesca recuperación del ahorro del resto del mundo, la política estadounidense produce efectos deprimentes sobre la economía mundial, asegura el reimpulso de su economía, pero su modelo no alcanza a auto-mantenerse: se hunde en una dependencia creciente de los financiamientos del resto del mundo. Del mismo modo, la desaceleración de la economía mundial para las necesidades del re-lanzamiento permanente de la economía estadounidense acaba por crear siempre un entorno internacional particularmente restrictivo que tiene nuevas barreras para el crecimiento de Estados Unidos.

Desde el inicio, en múltiples ocasiones, Washington ha denunciado al mundo y a Europa, en particular, de ser responsables de su déficit exterior: las políticas restrictivas en Europa y en el mundo serían la causa de esto y de los excedentes respectivos para el resto del mundo. Ahora bien, de hecho, los desequilibrios de las balanzas comerciales reflejan los desequilibrios en sentido contrario de las balanzas del ahorro y de los capitales. Si el ahorro fuera reciclado en los países de donde ha salido, el crecimiento mundial habría sido más equilibrado: más fuerte en el resto del mundo y más débil en Estados Unidos. Este país, al recuperar al máximo el ahorro del mundo, sufre hoy las consecuencias de la violación de los equilibrios fundamentales de la economía, según los cuales todo gasto de inversión supone una contraparte de ahorro, so pena de disfuncionamientos graves del sistema internacional en su conjunto.

Aún el Fondo Monetario Internacional se ve obligado a reconocer que las disparidades y los desequilibrios de las balanzas exteriores jamás han sido tan importantes como lo son hoy en día. Sumando los déficit y los excedentes exteriores internacionales se tendría un testimonio global de la disparidad mundial total



igual a 1.5 por ciento del PIB mundial, lo que no ha ocurrido nunca en la historia económica (Roach, 2003c). Si el paradigma actual de la economía mundial es "unipolar" en un grado creciente, esto no debiera entenderse obligatoriamente en el sentido de la potencia económica, sino sobre todo en aquél de los déficit y del endeudamiento internacional que se acumulan siempre en un mismo polo.

El desequilibrio mundial, que alcanza en nuestros días un nivel de paroxismo, puede, a su vez, crear otro desequilibrio más profundo, no solamente económico, sino sobre todo geopolítico, creando contenciones consecutivas a escala planetaria. Las distorsiones internacionales, en lugar de facilitar el buen funcionamiento y la reproducción ampliada del sistema mundial, se ven, al contrario, agravadas por los flujos de mercancías y de capitales en el sentido "erróneo", con respecto a las necesidades de la estabilidad internacional. Esta situación, puesta de manifiesto por las crisis asiáticas, mexicana y argentina en el curso de los últimos años, estuvo también en el origen de la caída de la Bolsa y de la "nueva economía", tanto en Estados Unidos como en Europa y Japón. Hoy en día, una crisis verdaderamente mundial plantea la interrogante de la estabilidad y de la reproducción del sistema actual. En este contexto, las asimetrías internacionales, las posiciones exteriores crediticias y deudoras que evolucionan en sentido contrario de posiciones "reales" de las economías, ejercen presión permanente sobre la economía mundial, exigiendo olas "correctivas" de vuelta. Constituye actualmente una necesidad extrema repartir los financiamientos internacionales de manera más equitativa, más cerca de las necesidades de las economías "reales" y, por ende, más eficaz para todos. A la salida de la crisis bursátil y financiera internacional de los años 2001 y 2002, todo indica que actualmente la depresión, que afecta los precios de los activos financieros, alcanza al nivel de los precios en general.

Después de todo, la catástrofe del ahorro estadounidense no tiene nada de asombroso en la historia. Cada vez que una potencia trata de mantener un nivel de prosperidad superior con respecto al resto del mundo, esto se traduce inevitablemente en un déficit creciente, su endeudamiento exterior y finalmente su declinación histórica. Ya Keynes, en su célebre "Nota sobre el mercantilismo", analizó la dificultad del ahorro y de la escasez monetaria como símbolos de la decadencia del Imperio Romano y de los Estados europeos que le sucedieron. Desde los tiempos del emperador Diocleciano (284-305), la prosperidad artificial romana daba lugar a un creciente déficit exterior que implicaba salidas masivas de moneda en oro y una secular deflación consecutiva. Entre los siglos octavo y catorce de nuestra era, Europa occidental se veía forzada a aplicar la doctrina "monetarista": ella suspendió completamente la fabricación de monedas de oro, puesto que el metal precioso se había agotado completamente en el viejo continente.

En la época moderna, el imperio británico tuvo una experiencia análoga a partir de fines del siglo XIX: una balanza exterior negativa constituía la expresión de la insuficiencia grave de su ahorro interno. Las teorías cuantitativas de la Edad Media reaparecieron precisamente en el contexto británico deflacionista de fines del siglo XIX. En la época actual, el ahorro estadounidense fue antes que todo una víctima del sistema de incitaciones permanentes al crédito y al sobre-consu-

mo. Pero, el retorno histórico del monetarismo a partir de comienzos de los años ochentas corresponde a la irresistible declinación del ahorro estadounidense y al hecho consecutivo de precipitarse sobre el ahorro del resto del mundo. Desde las administraciones del presidente Ronald Reagan (1981) las políticas monetarias estadounidenses restrictivas estuvieron acompañadas por políticas presupuestarias expansivas, lo que acarrea inevitablemente el incremento creciente del déficit exterior de Estados Unidos y de su financiamiento por parte del resto del mundo. Al fin de cuentas, al momento de su lanzamiento, el monetarismo estadounidense no fue más que la expresión del divorcio entre la economía y su ahorro nacional: la escasez de este último determinó la incursión estadounidense hacia el ahorro mundial. Las liberalizaciones, desreglamentaciones y flexibilidades impuestas al mundo no corresponden sino al énfasis en poner los recursos mundiales al servicio de la potencia norteamericana.

Hoy en día, el paradigma de la economía de Estados Unidos y mundial se encuentra en una posición de fragilidad extrema a causa del paroxismo de los desequilibrios que necesitan correcciones y revisiones mayores y urgentes. No obstante, todo impulso fiscal y presupuestario que trata de dar a la economía estadounidense el presidente Bush no solamente están marcados por un carácter "de clase" que agrava inútilmente el re-despegue, sino que igualmente, y esto es infinitamente más grave, se traduce inevitablemente en el incremento de los déficit exteriores estadounidenses y en efectos cada vez más devastadores sobre los mercados financieros internacionales y sobre la economía mundial. La política de Bush de los regalos fiscales a las grandes empresas, en lugar de redinamizar la actividad económica termina por deprimir aún más los mercados internacionales, a causa de las presiones estadounidenses adicionales sobre el resto del mundo para financiar sus propios déficit crecientes.

En su esfuerzo por obtener la reactivación, Estados Unidos está precipitando la deflación, no solamente para sí mismo, sino también para la economía mundial en su conjunto. Como lo señala Paul Krugman (2003), hoy en día las palabras que comienzan con la letra "D", como "deflación" y "depresión", aparecen en los labios de todo el mundo. La baja del dólar, ya iniciada en 2003, aunque inevitable en las circunstancias actuales, ¿podrá de manera suficiente compensar la adversidad creciente del contexto económico actual? Ya las tasas de rendimiento de los activos internacionales no dejan de evolucionar desfavorablemente para Estados Unidos: los activos estadounidenses en el extranjero representan tasas de rendimiento casi dos veces superior de aquélla de los activos extranjeros en Estados Unidos: 6.8 por ciento contra 3.7 por ciento, a comienzos de 2003 (D'Arvisenet, 2003). Entre los años 2000 y 2002, las colocaciones extranjeras en los activos financieros estadounidenses bajaron de 932 mil millones de dólares a 656 mil millones, y habrían podido bajar mucho más si el Estado no hubiese tomado el relevo de la oferta de títulos. Del mismo modo, las inversiones directas extranjeras en Estados Unidos, de 308 mil millones en 2000, pasaron a 46 mil millones en 2002. Se hace cada vez más difícil para la política de Washington y del FED —el Banco Central estadounidense— lograr los fondos extranjeros de los cuales

dependen la estabilidad y la prosperidad de la economía estadounidense, y todo esto sin hablar de las reservas y de los excedentes que son siempre indispensables para la potencia que afirma la ambición de asegurar la estabilización y la hegemonía a escala mundial.

La crisis del financiamiento extranjero de la economía norteamericana da lugar al fenómeno que se designa ya en Estados Unidos con el término "nueva estagnación" (Samuelson, 2002). El volumen de beneficios de las empresas estadounidenses a fines del año 2002 alcanzaba apenas el nivel obtenido en 1997. Los analistas financieros de aquel país constatan un clima de inestabilidad, la incertidumbre y el pesimismo de los agentes económicos. De hecho, no estamos lejos de concluir diciendo que el paradigma actual de la economía estadounidense y mundial ha "agotado" sus yacimientos de dinamismo. Una nueva forma en la repartición de los roles y de las funciones internacionales constituiría una necesidad insoslayable. Pero ya, por definición, la nueva forma debería ir en el sentido de un crecimiento más fuerte y socialmente más justo en Europa y en el resto del mundo por un lado, menos agresivo en Estados Unidos por otro. Empero, la nueva ola de austeridad que se manifiesta actualmente en el mundo, lejos de constituir un avance hacia la salida del *impasse* mundial actual, en los hechos, no hace más que dificultar toda solución.

El historiador Harold James (2002), de la Universidad de Princeton, constata que cada vez que la economía estadounidense se sumerge, ella vuelve a la superficie por la vía de inflar su déficit presupuestario y el importante deslizamiento del dólar. Roosevelt sacó a su país de la recesión de los años treinta mediante la política del *New Deal* y su intervención en la Segunda Guerra Mundial. El déficit presupuestario estadounidense fue incrementado, por un lado, por los gastos militares y, por otro, por su programa de política social. Después de la guerra, los dirigentes de Estados Unidos no modificaron su política. Frente a las amenazas de estagnación de los años sesenta, Kennedy y Johnson lanzaron el programa de la *Big Society* para integrar a las poblaciones y justificar fuertes gastos sociales. En su fuga hacia adelante, no omitieron defender la enorme empresa de la guerra de Vietnam para justificar igualmente un alza considerable de los gastos públicos y de los déficit. En el curso de este periodo, para alcanzar sus objetivos internos, los presidentes estadounidenses no vacilaron en sacrificar la estabilidad internacional de los pagos, incluyendo al sistema monetario internacional fundado con base en los acuerdos de *Bretton Woods* (1944).

En el curso de la época reciente, el presidente Clinton se empeñó en imponer al mundo el *Consenso de Washington* y la regla del equilibrio presupuestario como principio "sacrosanto". Ahora bien, este dogma, aún cuando fue aplicado por los europeos en virtud del *Pacto de Estabilidad*, fue siempre cuestionado por los republicanos en Estados Unidos. Con el nuevo Bush, la política de reactivación mediante el déficit presupuestario está de vuelta. Los gastos militares superan hoy el nivel de los 400 mil millones de dólares, y diversos paquetes sucesivos de franquicias fiscales destinadas a las grandes empresas toman el relevo de los gastos sociales de Roosevelt y Kennedy. El balance presupuestario que presenta-

ba, hasta el último año de la administración de Clinton, un excedente igual a 1.1 por ciento del PIB estadounidense, fue bruscamente llevado a posición deficitaria del orden de cerca de -4 por ciento del PIB.

Bush respeta sus compromisos electorales con sus amigos del gran capital, pero el problema consiste en saber si, en el contexto actual, dispone todavía de un margen de maniobra suficiente para actuar de esta manera. Por un lado, las tasas de interés estadounidenses se encuentran en el nivel más bajo de los últimos cuarenta años, sin que esta caída pueda entregar hasta este momento la menor prueba de su eficacia. Por otra parte, el deslizamiento del dólar permite ciertamente poner bajo control el déficit exterior y tener efectos en el plano de la balanza exterior, pero por otro lado este debilitamiento de la divisa estadounidense se pone a la economía de ese país en una posición más difícil, desde el punto de vista de su financiamiento por el ahorro internacional.

Por último, se plantea igualmente la cuestión de la pertinencia del gasto público como medio para la reactivación. Como ya lo hemos demostrado, en el contexto actual, toda reactivación de los gastos públicos estadounidenses, aunque fuese por la vía de las intervenciones militares y de los gastos del Ministerio de la Defensa, correría el riesgo de aparecer no como un impulso nuevo para esta economía, sino más bien como un tormento suplementario para el ahorro mundial que, por lo demás, se encuentra ya bajo creciente presión estadounidense en el curso de los dos últimos decenios.

Estados Unidos solicita hoy un auxilio adicional por parte del mundo, mientras que al mismo tiempo no cesa de incriminarlo porque éste no lleva adelante políticas expansivas que permitan así ampliar los nichos internacionales para los productos de la Unión Americana. Ahora bien, si el resto del mundo siguiera al pie de la letra las incitaciones estadounidenses, por lo tanto si reciclara su ahorro donde se genera para asegurar niveles superiores de funcionamiento, Estados Unidos enfrentaría, en el plano del financiamiento internacional, al "muro del dinero" que entonces le habría dado la espalda. En un *impasse* tan profundo como el de hoy en día, James (2002) admite que "todo es posible", incluso la revisión brutal de los dogmas que han dominado en el horizonte de los dos últimos decenios, especialmente aquellos del equilibrio presupuestario y del libre intercambio, bajo la exigencia "democrática" de la conservación del nivel de empleo para la población. Como en el curso de los años treinta, muy pocos gobiernos tendrían la fuerza de resistir a las demandas de protección de sus ciudadanos. Ya el presidente de Estados Unidos ha dado algunos pasos en esa dirección, con las restricciones impuestas a las importaciones de productos de acero, a los productos agrícolas, y también las intervenciones públicas masivas para salvar a las compañías estadounidenses de aviación. ¿A quién le corresponderá enseguida, y en que ámbitos?

Si la política monetaria estadounidense ha agotado ya sus márgenes de maniobra y la política presupuestaria se encuentra en situación de cortocircuito a través del universo, no obstante haber sido tan elogiada en la mundialización, ¿causaría alguna sorpresa el hecho de que el nuevo teorema de la hegemonía no promete



la estabilidad y la seguridad en el mundo, sino solamente la inestabilidad y la remodelación internacional mediante incesantes e ilimitadas ingerencias estadounidenses? Los neoconservadores de Washington, decepcionados por el entorno internacional actual, se declaran bastante decididos a modificarlo como nuevos "pioneros" de la historia. La consagración de un derecho de ingerencia internacional, la legitimación de la noción de "guerra preventiva", la clasificación de los países con respecto al grado de su divergencia con el modelo estadounidense, son actualmente considerados por los nuevos teóricos de la potencia como otros capítulos de política económica, con vocación para compensar las debilidades de la economía estadounidense y para confirmar su posición hegemónica en el mundo. Sin embargo, si la fuerza militar puede a menudo servir a la potencia económica, no deja de ser inconcebible que ésta pueda transformar la debilidad económica en potencia.

Como lo señala el célebre especulador estadounidense George Soros, la rápida victoria militar de Estados Unidos en Iraq corre el riesgo de legitimar la noción de guerras preventivas, pero sobre todo de transmitir un mensaje político erróneo, reforzando la "burbuja ideológica" de la confianza en la supremacía económica de la Unión Americana en el mundo (2002). Esto constituiría el peligro más grave en lo que concierne a la estabilidad internacional para el futuro inmediato. La potencia económica real de Norteamérica es de hecho mucho más limitada de lo que da la impresión, y de todas formas su capacidad no está ni siquiera en condiciones de legitimar su delirio militar actual.

Los temas que enfrenta la economía mundial contemporánea necesitan métodos y aproximaciones basados en los principios de la multilateralidad, con la participación igualitaria y democrática de todos los países. Así como la noción de "super potencia" sigue siendo evidente e indiscutible en el plano militar, así también ella encuentra dificultades para afirmarse en el plano económico. Para desgracia de nuestra época, la primera noción no puede reemplazar a la segunda.

## Bibliografía

- BARSHEVSKY, Charlin (2003), "Middle East Belongs in the World Economy", en *The New York Times*, New York, 22 de febrero.
- D'ARVISENET, Phillipe (2003), "Attentisme atlantique", en *Conjoncture*, París, abril.
- FREEDOM HOUSE (2003), *Freedom in the World. The Annual Survey of Political Rights and Civil Liberties*, Washington, Freedom House.
- IGNATIUS, David (2002), "Dissing the Dissenters", en *The Washington Post*, Washington, D. C., 23 de agosto.
- JAMES, Harold (2002), "President Lindon Ronald Bush", en *Project Syndicate* (an association of newspapers around the world), diciembre.
- KAGAN, Robert (2003), *La puissance et la faiblesse. Les États-Unis et l'Europe dans le nouvel ordre mondial*, Paris, Plon.
- KENNEDY, Paul (1988), *The Rise and Fall of Great Powers*, New York, Vintage Books.

- KISSINGER, Henry. (2003), *La nouvelle puissance américaine*, Paris, Fayard.
- KRUGMAN, Paul (2003), "Fear of Quagmire?", en *The New York Times*, New York, 24 de mayo.
- ROACH, Stephen (2003), *Global Economic Forum*, New York, Morgan Stanley, 28 de abril.
- (2003a), *Global Economic Forum*, New York, Morgan Stanley, 21 de abril.
- (2003b), *Global Economic Forum*, New York, Morgan Stanley, 27 de mayo.
- (2003c), *Global Economic Forum*, New York, Morgan Stanley, 12 de mayo.
- ROYAL INSTITUTE OF INTERNATIONAL AFFAIRS (2000), *Understanding Unilateralism in U. S. Foreign Policy*, London, RIIA.
- SAMUELSON, Robert (2002), "Stagnation Zone", en *The Washington Post*, Washington D. C., 18 de diciembre.
- SOROS, George (2002), "The Bubble of American Supremacy", en *Project Syndicate*, marzo.
- STIGLITZ, Joseph (2003), "The Bush Blach Hole", en *Project Syndicate*, septiembre.